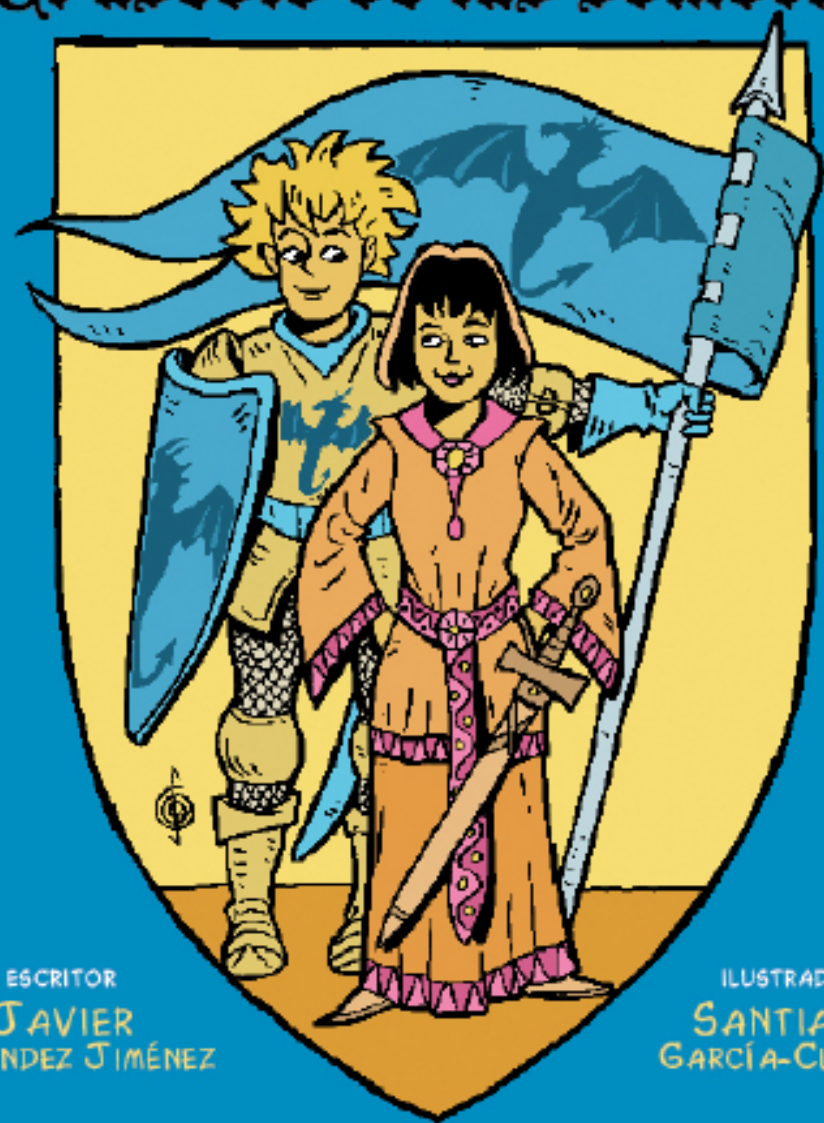


LA GRAN
AVENTURA DE

SIR WILFREDO

El asedio de las sombras



ESCRITOR

JAVIER

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

ILUSTRADOR

SANTIAGO

GARCÍA-CLAIRAC

La Gran Aventura de
SIR WILFREDO
(trilogía)

ESCRITOR

JAVIER FERNÁNDEZ JUÁNEZ

ILUSTRADOR

SANTIAGO GARCÍA-CLAIRAC



DiQueSi



DiQueSi

© del texto, Javier Fernández Jiménez
© Ilustraciones, Santiago García-Clafrac
© Ediciones DiQueSi
28022-Madrid
www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com

Dirección editorial: María J. Gómez
Diseño: Estelle Talavera

ISBN: 978-84-941615-7-5
Depósito Legal: M-12252-2015
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2015
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

El asedio de las sombras

LIBRO PRIMERO





*Para Marcos y Moisés,
los caballeros más grandes
de mi Reino.*

Capítulo 1

UNA MILITANCIA

Sir Willredo era el caballero más corriente del más corriente de los reinos de Tellión: Tediurn, el rincón más tranquilo y sosegado de todos los lugares del mundo. Sus gentes eran simples aldeanos pacíficos y ejemplares, nunca había grandes disturbios, y los ladrones y criminales pronto se desesperaban de deambular por unas calles tan aburridas, en las que no sucedía nada fuera de lo normal.

Esta era la razón de que Tediurn fuera un reino que carecía de un ejército de acuerdo a los estándares de la época. Entre sus filas no se encontraban aguerridos caballeros deseosos de lucha y aventuras, sino más bien todo lo contrario: caballeros esmirriados y esfirados que buscaban una vida tranquila y apacible.

El nombre de la inexpugnable fortaleza que coronaba el reino (lo de "inexpugnable" es un decir, ya que nunca nadie había intentado conquistarla) era Grey Castle. Tenía su rey y todo, aunque la monotonía y el aburrimiento eran los verdaderos señores de aquel feudo sin par en el que, desde su más tierna niñez, residía sir Willredo, que pronto pasaría a los anales de la historia como uno de los más grandes aventureros y caballeros de todos los tiempos. Aunque poco podía sospechar aquel desgarbado joven de pelo rubio pajizo, con más de un metro ochenta de estatura y rostro nada agraciado, lo que el destino le tenía preparado.

Los padres de Wilfredo habían sido mercaderes comunes y corrientes que, al no poder hacerse cargo de la manutención de un muchacho tan espigado y enfermizo, lo habían llevado a la fortaleza de Tediurn para que se convirtiera en caballero. Ni que decir tiene que los padres de Wilfredo lo querían tanto como un labrador a su burro más útil, pero a la vista del cuerpo de aquel niño, pronto comprendieron que su hijo solo servía para ocupar un puesto que no requiriera mucho esfuerzo físico: el de caballero real.

Cierto es que he dicho ya que la paz reinaba en Tediurn, y es verdad; pero aun así, contaba con un ejército de caballeros, ataviados con armaduras plateadas y relucientes, poseedores de un grandilocuente porte recio y marcial. Quedaban muy elegantes sobre las almenas de Grey Castle o custodiando el salón del trono.

Porque nunca sucedía nada extraño en Tediurn o sus alrededores.

Wilfredo fue adiestrado durante años en el manejo de todo tipo de armas, pero sobre todo en lo relativo a destilar con elegancia o a posar con ellas delante de los nobles y reyes de Tediurn. Jamás destacó por encima de sus compañeros, y siempre se conformó con ir pasando las pruebas que le permitieran continuar su aprendizaje. Y así, consiguió completar su formación y ser nombrado e investido caballero.

El día en el que Wilfredo debía haber sido nombrado caballero por su rey, junto a sus noventa y siete compañe-

ros, se resfrió a causa de su constitución más bien debilu-cha y la noche que había pasado velando las armas. Se tuvo que conformar con unas palmaditas en la espalda de su capitán, que le hizo entrega de su primera espada propia la tarde siguiente. Se trataba de una espadita corta y mellada, de segunda mano, pues en la forja solo habían realizado noventa y siete magníficas fizonas, olvidándose de él por completo.

A su nombramiento no acudió el rey para felicitarle, ni la princesa para enamorarse de él a primera vista, ni un hada que le otorgase alguna virtud mágica, ni tan siquiera sus compañeros, que ya habían empezado con las guardias... Solo hubo dos asistentes: él y su capitán. Bueno, y noventa y ocho caballos, pues fue investido en las cuadras de su compañía, que acababa de acoger a los nuevos equinos de los recién nombrados caballeros.

Una vez que su capitán le dio aquellas palmaditas en el hombro (o en la espalda, tampoco es que sea muy importante el dato en concreto, ¿no?), le hizo entrega de su desgastada (y ligeramente doblada) espada y le comunicó que ya era todo un caballero de Tediurn. Ya era *sir* Wilfredo. Este, a pesar de estar más contento que en toda su vida, pidió a su capitán un último favor: quería conocer ya a su caballo, porque estaba seguro de que resultaría ser el más maravilloso de cuantos dormitaban en aquel establo.

El capitán asintió, sonriente aunque un tanto preocupado. Esperaba alguna queja por parte del entonces caballero. Es más, estaba seguro de que aquel joven protestaría enérgicamente al ver el animal que le había toca-

do en gracia... Y todo por ser el último en ser nombrado caballero. Apesadumbrado por la suerte de aquel infeliz, comenzó a recorrer el establo con sir Wilfredo pisándole los talones. Pasaron entre negros puraangres traídos del sur, magníficos corceles de pelaje castaño, hermosos jamelgos pulcramente aseados y cepillados...

Y llegaron hasta un pequeño estabito situado al fondo. El flamante caballero se asomó por la portezuela y vio, entre las sombras del recinto, una silueta negra y delgada que apenas se distinguía en la penumbra de lo fino que era.

Antes de que el capitán fuera capaz de mediar excusa alguna, el joven abrió la diminuta portezuela de madera y accedió a la caballeriza. El caballo, presa de la agitación al descubrir un humano invadiendo impetuosamente su espacio vital, se levantó de un brinco, piafando nervioso. Unas suaves caicias en el lomo, acompañadas por palabras finas murmuradas por el chico, resultaron suficientes para calmar al delgado alazán.

Mientras rascaba distraídamente detrás de las orejas al escuchimizado rocín, el caballero percibió que el animal era blanco, y tan delgado como había supuesto al entreverlo a través de la puertecilla. Pasó su mano por la suave, despeinada y amarillenta crin del cuadrúpedo, y escuchó en silencio la tranquilizada respiración de su nuevo amigo. Al hacerlo, aunque el capitán no pudo ver su rostro, sonrió con ganas.

Wilfredo miró su espadita, su esmirriada montura y los lustrosos caballos de sus compañeros repartidos por todo el establo. Su mente estalló de pronto.

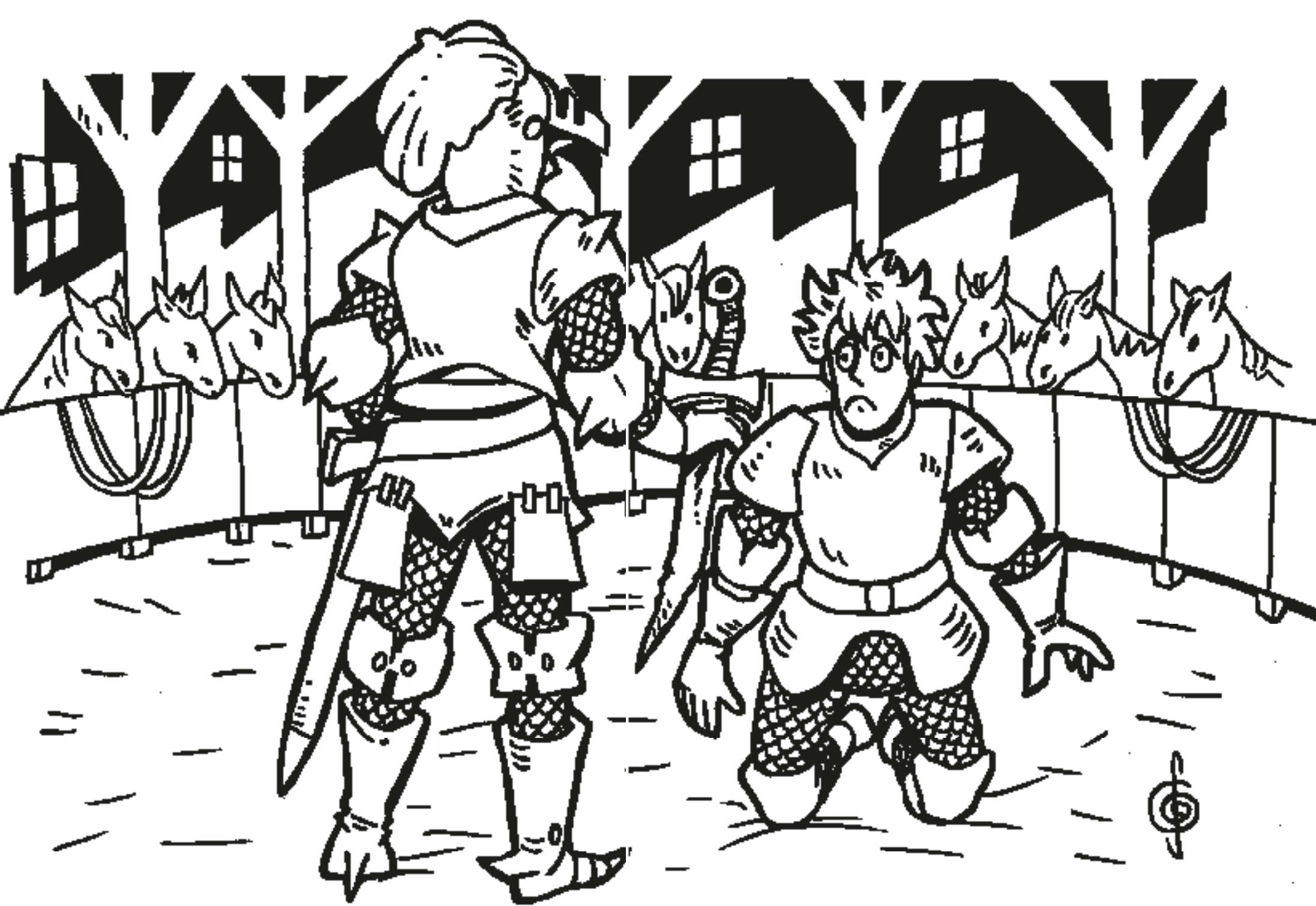
—Señor—expresó en tono alterado. El capitán se preparó para enarbolar cualquier excusa—. ¿Cómo se llama mi caballo?

El capitán se llevó una tremenda sorpresa al escuchar el tono de felicidad de su subordinado. Le miró desconcertado, entrecerrando los ojos, como si no se creyera que aquel joven caballero no protestara por tan injusta situación. Durante unos segundos, sostuvo la mirada del mazo, buscando en sus pupilas algún resquicio de mordacidad o ironía; mas no la encontró en ningún momento. Al contrario, descubrió una enorme satisfacción en el rostro del muchacho.

—Eso es algo que deberás decidir tú—contestó tras la examinadora mirada. Aquel chico le caía bien, no había en él ni una pizca de malicia—. Tu caballo se llamará como tú despongas. Miralo bien—aconsejó—, cierra los ojos y evoca su figura galopando bajo un cielo estrellado o un sol reluciente. Siente su carrera sobre una inmensa pradera verde y dime... ¿cómo se llama tu caballo?

Un tanto sorprendido por la apasionada recomendación de su superior, Wilfredo siguió los pasos enumerados por su capitán, viendo en su mente lo que este le había sugerido. Así lo sintió, como si de verdad se hallase cabalgando a lomos de su corcel, con el aire acariciando su rostro. Enseguida tuvo claro cuál sería el nombre de su nuevo compañero de fatigas.

—Viento, mi capitán. Se llama Viento—afirmó entusiasmado.



—Excelente elección —manifestó el oficial con una sonrisa abierta. Definitivamente, aquel chico le caía muy bien—. Será un buen caballo, y veloz como el viento, seguro.

Con estas palabras, se alejó del recién nombrado caballero, preguntándose para sus adentros por qué aquel jovencuelo se limitaba a sonreír, mudo de puro contento. Por qué aquel chico, que había superado las pruebas como el resto, no había sido honrado por el rey de igual modo que los otros caballeros... Por un segundo se sintió tentado de instarle a reclamar sus derechos, pero al mirarle de nuevo y descubrir la temura de la mirada con la que el joven contemplaba su montura, y el cuidado con el que cepillaba su pelaje, se dijo que quizás el destino había decidido que aquel caballero corriente tuviera la más corriente de las espadas y el más corriente de los corceles.

A veces, el destino es así de travieso, ya se sabe.

Pasaron unos meses y Wilfredo, perdón, *sir* Wilfredo, vivía plácidamente en el castillo de Tedium con su continua e inalterable monotonía. Tal y como había soñado desde que llegó de niño a aquella fortaleza, hacía una guardia de almena cada dos días y, a veces, alguna de puerta. De tanto en tanto, cabalgaba por las afueras del baluarte a lomos de Viento (sin alejarse demasiado), y otros días, las mejores y más aburridas guardias: las del salón de audiencias, donde jamás ocurría nada fuera de lo habitual. Wilfredo continuaba sin llamar la atención y nadie le tenía

en cuenta a la hora de decidir cualquier cosa, a pesar de ser ya todo un caballero real.

En fin, uno más, pero qué feliz era...

Mas a menudo, el destino nos juega malas pasadas y hace que nuestro hermoso y monótono mundo se desmorone de pronto. Eso fue lo que le ocurrió a nuestro feliz protagonista.

Aquella mañana había salido temprano de su pabellón. A pesar de que todos los caballeros podían disponer de una habitación propia, *sir* Wilfredo había preferido continuar viviendo junto a otros caballeros en aquel barracón donde pasaba desapercibido, tal y como a él le gustaba. Tal vez fuera porque ni siquiera le miraban, pero si les hubiera preguntado por su compañero Wilfredo y su jamelgo Viento, le habrían contestado que ninguno de los caballeros reales respondía a tal nombre.

Tenía guardia en la Sala de Audiencias, en la que el rey atendía las peticiones de algunos de sus vasallos (aquellos que consiguieran llegar antes de que su majestad se durmiera en el mismísimo trono), pero antes de ir a aquella aburrida prestación, se encaminó al establo para conversar con Viento. Su delgado caballito blanco era el único ser que le escuchaba, y claro, *sir* Wilfredo le consideraba algo más que una simple montura. Para el satisfecho paladín de Tedium, Viento representaba a su único amigo.

Cierto era que Viento no le respondía nunca, pues no dejaba de ser un rocín de lo más corriente; sin embargo, era precisamente por eso por lo que Wilfredo se atrevía a contarle tantas cosas. El caballo era como un diario donde

decir aquello que había callado durante todo el día, o un lugar donde aportar ideas que nadie escucharía nunca, así como el espacio en el que expresar pensamientos propios que no se habría atrevido a compartir con nadie más.

Contó a Viento los últimos rumores llegados a Tediúm sobre una enorme batalla ocurrida en Oblectafium (un reino lejano que parecía ser muy diferente de Tediúm, si se tenían en cuenta las noticias de los juglares y viajeros más osados), en la que habían resultado heridos dos guerreros. Sir Wilfredo sintió un tremendo escalofrío recorriéndole la espalda al pensar en aquellos dos héroes terriblemente heridos al chocar uno contra otro, según decían los bardos, y abriese una brecha en la cabeza. Nuestro amigo se asió y se dirigió a su puesto de guardia donde, como siempre, no fue ni el primero ni el último en llegar.

Antes de que entrase el rey, terminó de ajustar las grebas y algunas juntas de la immaculada coraza plateada que vestía. Al igual que sus once compañeros de guardia, iba ataviado con la pesada armadura ceremonial de audiencias, que chiniaba al caminar. Una capa de color azul marino y un hermoso yelmo, coronado con tres enormes plumas de pavo real, completaban el cuadro.

Cuando sonó la cerradura del salón, sir Wilfredo asió su imponente alabarda que, como la de sus compañeros, tenía el filo romo para que no pudiera ocasionar ningún accidente.

Por la alargada alfombra roja que recorría el salón rectangular, circundado por columnas con hermosos labrados en sus capiteles, desfiló el rey de Tediúm: un hombre

de mediana edad, complexión robusta y rostro rubicundo. Llevaba el pelo castaño bastante corto y lucía una cuidada barba. Sus ropas quedaban ocultas bajo una capa granate que lo envolvía por completo, y en su cabeza lucía la corona del reino de Tediúm, que era de oro corriente, pero brillaba con intensidad gracias a los rayos de sol que se colaban por las hermosas vitrieras de colores.

En definitiva... un rey como otro cualquiera.

Bajo la alta bóveda hemisférica de piedra gris que cubría el recinto, el rey atravesó el corredor, que lo llevó hasta el lugar sobre el que reposaba el trono real (un simple sillón de cuero). Pasando entre sus doce leales caballeros, que sostenían las alabardas con mucha solemnidad, el soberano ascendió los tres escalones que llevaban hasta la butaca y bostezó largamente. Los guardias retrasaron su posición hasta situarse detrás de las columnas.

La puerta sonó una vez más, y por ella accedió el típico chambelán espigado y malhumorado que hay en todas las cortes palaciegas. El sirviente observó con gesto adusto a los caballeros y al salón en general, y cuando pareció estar conforme con la disposición de todo, miró al rey de soslayo. Este volvió a bostezar ligeramente mientras realizaba un aburrido gesto de asentimiento con la mano.

El chambelán cartapeó, desplegando un pergamino de casi un metro de largo, del que leyó en voz alta al primero de los vasallos que solicitaba audiencia: un campesino que había extraviado una vaca.

Sir Wilfredo sonrió, porque no era la primera vez que hacía guardia en aquel mismo lugar y en idéntica postura.

Se sabía de memoria todas las peticiones de los siervos; incluso soñaba fantasear con que de ser él quien estuviera sentado en aquel trono, le resultaría muy fácil dar respuesta a todas aquellas cuestiones. Había oído aquellas preguntas y respuestas más de mil veces. Siempre era lo mismo...

Porque nunca sucedía nada extraño en Tedium o sus alrededores.

Capítulo 2

UNA RESUMIDA RESEÑA

Wilfredo contuvo como pudo un estomudo insolente que luchaba con él para salir al exterior, y bostazó bajo el yelmo, aburrido. Por la luz que se colaba a través de las vidrieras, calculó que era casi mediodía. Quedaba poco para que concluyera la sesión de audiencias, y con ella, aquella guardia especialmente aburrida.

Sobre la lisa y estirada alfombra roja que conducía al trono, habían deambulado todo tipo de campesinos tediosos con sus asuntos triviales, como la pugna de dos herreros que discutían acerca de cuál de los dos había forjado la mejor espada de todo Tedium. Para demostrar que la suya era la mejor, cada uno de ellos llevó una muestra de su trabajo. El rey las cogió, las sopesó, y como no tenía ni la más remota idea de armas, no fue capaz de discernir cuál de las dos era mejor.

—Están muy afiladas, ¿no? —inquirió temeroso el monarca, ante la atónita mirada de los dos herreros, que se quedaron boquiabiertos—. Volved la semana que viene con las puntas limadas, y la espada que tenga menos filo será la ganadora —sentenció su graciosa majestad.

Los dos herreros se miraron entre sí. Desconcertados, tomaron sus espadas, envainándolas en el cuero trabajado por los mejores curtidores del castillo, y caminaron

LA GRAN AVENTURA DE SIR WILFREDO

LIBRO PRIMERO
(trilogía)

WILFREDO

ES UN MUCHACHO NORMAL Y
CORRIENTE, TAL VEZ MÁS DESPISTADO QUE
LOS DEMÁS, Y UN POCO... EN FIN, BASTANTE TORPE.
DESCUBRE EN *EL ASEDIO DE LAS SOMBRAS* CÓMO PUEDE
CAMBIAR LA VIDA DE CUALQUIERA POR CULPA DE UN HECHO

FORTUITO Y CASUAL. WILFREDO DESCUBRIRÁ, JUNTO A
UN MISTERIOSO COMPAÑERO DE VIAJE, QUE LA VIDA ES
MUCHO MÁS QUE VIVIR ENTRE MURALLAS Y COMODIDADES.

SE ENFRENTARÁ A GÁRGOLAS, ORCOS, TRAGGOS Y OTROS
PELIGROS QUE JAMÁS HABÍA IMAGINADO.

TIENES EN TUS MANOS EL PRIMER LIBRO DE *LA GRAN AVENTURA*
DE SIR WILFREDO, UNA TRILOGÍA FANTÁSTICA QUE RECUPERA
LOS VALORES DE LAS NOVELAS DE
CABALLERÍA Y QUE TE MOSTRARÁ, SIN
RESERVAS, DE QUÉ ESTÁN HECHOS LOS
HÉROES... Y LAS HEROÍNAS.

¿TE ATREVES?



DiQueSí